

Página lírica

de Enrique Loynaz

Desconocido de los pequeños grupos, desconocido en su propia casa. ¿Sabe Ud. cuáles cosas ha publicado por primera vez? Los versos que mandó Juan Ramón Jiménez a *España* (semanario de la vida nacional). Verá como fué. Escribí a Juan Ramón y le hablaba de este poeta. «Mándeme cosas tuyas», me dijo. Escogí algunas poesías. De las escritas a los 18, 19 y 20 años. (El poeta acaba de cumplir 20 años). ¿Qué pensaría Juan Ramón, Juan Ramón que es para mí toda la pureza lírica? Pasaron días. Una tarde me llamó Reyes y me dijo: «Los versos de tu amigo representan para Juan Ramón una tonalidad nueva en la lírica americana. Así me lo ha dicho. Luego el poeta de *Eternidades* me dijo que si yo le dejaba publicar algunas de esas poesías. No tengo ya *Índice* (aquella revista cuya impresión pagaban los propios colaboradores de ella, revista selecta y abnegada de selectos y abnegados), en *España* publico mis últimos versos; allí quiero publicar algunos de Enrique Loynaz». Me sentí emocionado; le autoricé para todo. Así Enrique Loynaz, desconocido para todos en Cuba, empezó a publicar algo. Lo publicado es una parte mínima de su labor. El nunca ha pensado en publicar nada. Así me escribe Enrique últimamente:

«En realidad hoy no podría mandar versos, José María; Ud. sabe que hoy no podría. Otra vez he de mandar muchos; me siento muy lejos de ellos hoy. Otra vez le regalaré todos los que me quedan, deben ser muchos porque últimamente recuerdo haber escrito bastante en verso. Siempre me decía ¿estos son los últimos?»

«Pero yo quisiera regalarle algo mejor: algo como este ardor de belleza; como este extrañable ardor de belleza apasionada».

Antes Enrique en esta carta (que he recibido hace apenas una semana) me decía:

«Pero yo no he hecho en el mundo nada, nada más que gritar siempre este limitado temblor de belleza entre mis labios, y sentirme un poco diferente a los demás, porque yo he estado siempre un poco más cerca de la muerte que ellos y, sobre todo, mucho más lejos de la vida».

Enrique a nadie habla de sus versos. Es un hombre que habla siempre muy poco. Parece más enfermo de lo que en realidad puede estar. Su padre es un general de la revolución; posee mi amigo una gran fortuna personal. Y permanece ignorado de todos y su voz cada momento que pasa es más íntima y profunda. Yo no puedo distinguir entre el poeta, el hombre. Por casualidad le conocí una noche; desde entonces sentí que le quería como a un amigo presente desde hace mucho tiempo. De mi fraternal camarada le mando aquí algunos versos.—JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO, desde Madrid.

(Fragmento de una carta dirigida a don MOISÉS VINCENZI).

1

Sobre los campos desiertos
qué gran poesía tienen
en la calma
los rieles de los trenes.

Tienen alma, tienen vida
los rieles.
Extendidos en la hierba
van casi inconscientemente
como buscando un arcano
que presienten;
y ya muy lejos ¡muy lejos!
en el fondo del abismo
de la distancia, parece
que con majestad siniestra
se mueren,
por trascender el enigma
de la muerte.

Sobre los campos desiertos
qué gran poesía tienen
en la calma
los rieles de los trenes.

(Primera poesía de Enrique. Es de 1920. Hoy el poeta tiene 20 años. Esa poesía es de la primera adolescencia. No he querido dejar de decirle este dato, que creo curioso, por más que nada me diga nunca la precocidad de los artistas).

2

Soñé con una noche blanca, donde la vida,
fuera tan blanca como la misma noche,
[donde
el alma mía, que tan lejos se me esconde,
me dijera, sin miedo, su palabra escondida.

Soñé con una noche de paz, donde los
[hombres,
donde todos los hombres fueran buenos y
[el cielo
estuviera más cerca de mí... sin un con-
[suelo
exterior, sin nociones exteriores, sin
[nombres.

Sin nombres, sin nociones, sin consuelo,
[sin nada
que no fuera la sola noche, toda blancura,
sin nada que no fuera mi alma plena y
[oscura;
sin nada que no fuera su palabra callada.

¡Encanto de los hombres buenos, paz de
[las horas
donde pudiese hablar conmigo mismo, don
de los hombres y mío!

Ya noche.—
¡Corazón
amaneciendo en medio de estrelladas
[auroras!

Diciembre, 1922.

3

Iba yo caminando con la vista en el suelo,
cuando encontré, de pronto junto a mí, a
[la muriente
luz del ocaso, una gran montaña.

Vi el cielo
profundamente limpio; vi el sol; vi la
[montaña
y todo estaba cerca de mí, todo por frente
a mis brazos ansiosos y a mi vista demente...
—Nada humano podía detenerme.

Era extraña
y era pujante aquella conmoción no sentida
jamás... Iba naciendo de mi vida otra vida;
y una voz, desde el fondo del corazón me
[dijo:

«Esa montaña es la Naturaleza».

Oí la voz sin miedo y sentí la grandeza
de la montaña, sobre mi alma.

Fuí su hijo:
Escarbaron mis dedos su tierra, sutilmente,
la estrecharon mis brazos con amor
[inconsciente.

¡Y, como yo la amaba y era amado por ella,
la tierra palpité debajo de mi pecho!
—y yo quedé tan fatigado, o tan satisfecho
que me tendí a la sombra de la montaña
[aquella.

Mayo 1921.

4

Si contemplaras una vez ante ti una
[sombra
no hayas temor de ella: Puede ser algo
[santo
la visión fugitiva. ¿Por qué, por qué te
[asombra
su presencia, tan plena de luminoso encanto?

(Todas las sombras hablan, todas las
[sombras sienten
y ninguna es hechura del capricho o la idea).
—Si hacia ti se encaminan es, porque en ti
[presienten
algo que las atrae ¡quién sabe lo que sea!

Ahora bien; si pretendes oír lo que ellas
[dicen
llénate todo de una profunda devoción
esperando, que dentro de tu ser, fertilicen
sus palabras, sonando cual sagrada canción.

Saca de entre ti cuantos de estériles
[antojos
hubiere, y no la mires al sentir su sonido,
porque no vayas a borrarla con los ojos
antes que tenga tiempo de escucharla tu
[oído.

¿Has visto cómo todo se ha ido poniendo
[oscuro?